

De mapas y rituales

Un libro transhumante

Rossana Reguillo

... desde el momento en que un objeto (mágico) aparece en una narración, se carga de una fuerza especial, se convierte en algo como el polo magnético, un nudo de una red de relaciones invisibles

Italo Calvino, Seis propuestas para el próximo milenio

Supongo que cada quien traza su propio mapa para ubicarse en el universo de los libros, desarrolla una estrategia para clasificarlos en el orden de los estantes y, especialmente en el orden de las ideas y el corazón, supongo también que cada uno recurre a sus propios rituales para relacionarse con esos objetos misteriosos y aparentemente inofensivos. Los libros aluden siempre, pienso, a mapas, a estrategias y a rituales. Tres procedimientos que los vuelven inteligibles y permiten a sus lectores el complejo proceso de su apropiación.

Jesús Martín-Barbero:

De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía, Gustavo Gili, Barcelona, 1987, 300 páginas.

El mapa

En mi mapa hay un libro fundamental, *De los medios a las mediaciones*, de Jesús Martín-Barbero. En mi topología se trata de un libro-puerta, categoría que me sirve para nombrar aquellos textos que a la manera de la semiosis infinita de Umberto Eco, me han permitido acceder a otros planos que a su vez permiten acceder a otros planos, que a su vez... Se trata de una categoría opuesta a la de libro-fortaleza, que sin demérito de su contenido, se liga poco con lo exterior. Arquitectónicamente, el libro-fortaleza se asemeja a la ciudad amurallada, con un afuera y un adentro perfectamente delimitados, mientras que el libro-puerta

ROSSANA REGUILLO: doctora en Ciencias Sociales con especialidad en Antropología Social; profesora-investigadora en el Departamento de Estudios Socioculturales, Iteso, Guadalajara; autora de varios libros, el más reciente *Estrategias del desencanto. La emergencia de las culturas juveniles*, Norma, Buenos Aires, 2000; como también de numerosos artículos en revistas.

trastoca estas coordenadas provocando un efecto a lo Escher, en el que ciertos movimientos, cruces, lugares, parecen imposibles. Abre perspectivas ahí donde parecía estar dicho todo.

A este efecto contribuye, sin duda, el trabajo de paciente arqueología crítica desarrollado por Martín-Barbero en este libro, la historización de la mirada con la que va rastreando diferentes procesos de configuración cultural a través de su diálogo con diversos momentos de la historia a la que se acerca provisto de potentes instrumentos de navegación. Es, sin duda, un libro que instaura un antes y un después, en el pensar la comunicación en sus vinculaciones con la cultura densa, en los territorios hispanoamericanos. Es, en este sentido, un libro-puente en el mapa.

El texto llega en un momento en el que, como parte de una generación más o menos emergente de estudiosos de la comunicación, enfrentaba la encrucijada de la fuga y la renuncia. De un lado, estaba el cansancio ante una literatura y un pensamiento que se ocupaban centralmente de los medios de comunicación y proponían (casi) como única opción legítima para los interesados en la comunicación, la investigación de y en los medios, pero carecía de un planteamiento que permitiera problematizar el antes, el durante y el después de los medios, o en otras palabras, lo que yo interpretaba en aquel momento, como una distancia dolorosa con los actores de la comunicación, es decir, los sujetos y su vida cotidiana. La investigación empírica me lanzaba intermitentes señales de alerta, la cuestión se me volvía más compleja y la literatura dominante en comunicación en esta época, me dejaba insatisfecha. La fuga hacia otros territorios del saber era prácticamente inevitable.

Pero, de otro lado, los caminos probados, los saberes disciplinarios y disciplinados, conferían la cómoda certeza de que las preguntas sustantivas había que dejarlas en manos de sociólogos, historiadores y antropólogos. Parecía que la única salida era la de hacer una opción (por los medios) que implicaba, por supuesto, la renuncia. Con ese malestar, o más bien desde ese malestar que se desprende de la rebeldía ante los caminos de la bifurcación, enfrenté a *De los medios a las mediaciones* y, como muchos, encontré en sus páginas no la receta mágica para aplacar el desasosiego, ni la clave en mayúsculas para ubicar el lugar propio. Ese primer encuentro con el libro-puente, fue la constatación, primero ligera y luego contundente, de que había otras posibilidades. Lo que ese libro proponía era una manera otra de preguntar, de colocarse, y lo hacía tendiendo puentes entre saberes diversos. Ni fuga, ni renuncia, solo descentramiento. El libro invitaba a descentrar la mirada, a desanclarse de las categorías esenciales y unívocas. Se trataba de un «mapa

nocturno» que renunciaba así a la tramposa claridad de las verdades acabadas y a los objetos unívocos.

Una factura impecable –no lo supe entonces, lo sé ahora–, un lenguaje que no eludía las huellas de su propio trayecto, que no escondía sus dudas, que no negaba sus deudas y al mismo tiempo, avanzaba en múltiples direcciones. Una escritura masculina que acogía sin paternalismos o falsa condescendencia lo otro, lo no dicho, lo negado, lo invisibilizado. El libro fue expandiendo vertiginosamente la espiral de sus lectores (y usuarios) hasta ubicarse en el umbral disciplinario, un libro de frontera, como se dice ahora. Un libro-casa de todos, en el que yo aprendí a conversar con los filósofos, los historiadores, los antropólogos, los sociólogos hasta eliminar la costumbre de fijar a los otros y a mí misma en un territorio único.

En el mapa de mis libros fundamentales (fundacionales), *De los medios...* ocupa un lugar muy especial: la puerta, el puente, la casa. Sigue siendo una referencia fundamental para entender el mundo y una fuente siempre renovada de descubrimientos.

La estrategia

Ningún libro fundamental se cita de memoria, esto forma parte de su encanto, nunca se logra «domesticarlo» del todo. Pero resulta inevitable que existan párrafos, capítulos, o ciertas frases que acudan sin ser invitadas, que irruman en la labor paciente y solitaria de la página en blanco. Los libros fundamentales son difíciles de ubicar, provienen de una irreudenta vocación cimarrona. Escapan siempre a los intentos de conferirles un lugar en el estante.

Después de la revolución que cada acto de escritura representa, *De los medios...*, despierta a veces entre «los historiadores» (estante superior izquierdo), y a veces la madrugada lo sorprende entre los estudiosos de la economía política de la comunicación (estante medio a la derecha), de maneras misteriosas logra contemplar las primeras luces de la mañana entre los informes del PNUD o la Cepal (estante medio) y no poco frecuentemente, trasnocha en medio de poetas, literatos, herejes y otros seres nocturnos (esquina izquierda, librero central). Se pierde con frecuencia entre antropólogos y filósofos y últimamente le ha dado por camuflarse en el estante de los pensadores de la globalización (a mero arriba –diríamos en México– del librero). Esa es la vocación del libro fundamental, la transhumancia, el mestizaje, la apertura, la imposibilidad de aceptar un lugar fijo, un número de clasificación, para dolor de

cabeza de los bibliotecarios. En el repaso de lo que ha sido mi relación con este libro, resulta ineludible colocar la trama de la relación entre lo objetivo y lo subjetivo. Quizá el mejor testimonio-homenaje que puede rendírsele a un libro es aceptar su impacto profundo en el tejido complejo que da forma a lo que uno es, escribe y piensa que aporta. En el plano de las ideas, de la contribución al saber y al pensar, *De los medios...* dotó a la incertidumbre de una dimensión productiva, la inestabilidad en el saber como condición para el trabajo intelectual; abrió el camino para muchas de mis decisiones y, al vincular las perspectivas sociológicas, con algunos acercamientos antropológicos en tensión permanente con la filosofía, me permitió repensar categorías claves como las de identidad, memoria y resistencia.

A través de sus páginas aprendí a expandir el territorio de mis preguntas y preocupaciones; este libro me invitó a una más intensa lectura de Latinoamérica, ratificó mis compromisos y quizás, en el plano subjetivo, me hizo menos vulnerable al desuso y descrédito de la utopía como forma de conocimiento y de acción. Desarrolló en mí (y quiero suponer que en muchos y muchas más) el afán por el rigor, por la búsqueda exhaustiva y entusiasta.

Este libro inauguró nuevas preguntas y le otorgó legitimidad al abordaje de objetos considerados residuales. Al colocar «las mediaciones» como concepto clave de la dinámica cultural, elevaba a planteamiento acabado lo que era una intuición, la necesidad de articular a la relación tecnología-sociedad, los anclajes profundos de la memoria y la política. Convertido en compañero de travesía, *De los medios...* ha sido referencia constante, inspiración y refugio. No se trata solo de las ideas y las propuestas, o de los temas y su abordaje, se trata, quizás y sobre todo, de un libro que traza una escritura como propuesta de vida, una escritura implicada en que se autoriza la pasión, la esperanza y el drama.

El ritual

Decía Calvino que el objeto mágico es un signo que hace explícito el nexo entre personas o acontecimientos. En torno del objeto mágico se forma un campo de fuerzas que es el campo narrativo. Y todo libro fundamental deviene objeto mágico. Y aunque son tiempos estos, de libre comercio y democracia *light*, para eludir con prudencia la escena subjetiva, no es posible aquilatar la importancia de un libro sin aludir a su capacidad para tocar procesos subjetivos. El valor mágico de *De los medios...* es que me permite establecer relaciones con «personas y acontecimientos» que constituyen una enorme red de ideas y afectos.

Para empezar, este libro se convirtió en el pre-texto de numerosas y deliciosas conversaciones con mi padre, republicano español refugiado en México. Por un descuido dejé el libro en su casa y solo le bastó el índice (pueblo y clase: del anarquismo al marxismo; asunción de lo popular en los movimientos anarquistas; disolución de lo popular en el marxismo) para sumergirse en las páginas del «libro ese», como lo bautizó más tarde, en el intento por protegerse de la seducción que ejercía sobre él. Tuve que regalarle un ejemplar para que pudiera subrayar a su antojo; mi objeto mágico regresó a mis manos, absolutamente intervenido. Por ello tiene un doble valor. Subrayado en negro, aparecía «los libertarios piensan sus modos de lucha en continuidad directa con el largo proceso de gestación del pueblo» y esa sola frase nos permitía un ir y venir por la historia española a la de México y Latinoamérica. El «libro ese», abrió profundos debates sobre el proyecto anarquista, sobre el papel de la cultura en los procesos de liberación, y a la manera del libro-puerta nos permitió el intercambio de otros libros y de muchas preguntas. Fue tal vez, en esas tardes de conversación intensa, mediadas por el objeto mágico, que se me volvió visible que lo que yo hacía en realidad y quería hacer, era entender los diferentes proyectos que nos han traído hasta esta orilla de la historia, las disputas, las complicidades, el conflicto, los desniveles, las memorias sociales que laten en las «nuevas» formaciones discursivas. Y era claro que esto no podía hacerse pensando «desde los medios» sino «desde las mediaciones».

Con *De los medios...* fue tomando cuerpo y voz una trama de relaciones que aún dura y que sigue expandiéndose. Una numerosa cofradía de amigos que, convocados en el inicio por este libro, hemos ido construyendo, de Colombia a Alemania, de Argentina a México, de Venezuela a España, de Uruguay a Estados Unidos, un territorio de preguntas comunes. Sus páginas han convocado debates, encuentros, libros, videos. Pero sobre todo siguen propiciando renovadas lecturas por su enorme capacidad para instaurar interlocutores y no solo lectores. En el ritual de las palabras, esta última es quizá la razón primera que me lleva a decir este libro y no otro. Un libro que tiene interlocutores es un libro vivo y portador de futuro.